

partes, auxiliados por «los denominados «revisionistas»» (p. 919) –en la mayoría de los casos no se citan nombres, excepto al incómodo Julius Ruiz– y empeñados en contradecir a los verdaderos y sufridos «profesionales de la historia» (p. 941). Seguir hablando de los disparates de Pío Moa y compañía resulta ya cansino. Parece que ahora se ha puesto de moda también el acusar de revisionistas a los historiadores que critican unas determinadas visiones de la historia de España que han sido dominantes durante bastante tiempo. Fernando del Rey escribió un excelente artículo sobre esta cuestión en la revista *Historia Social*, en 2012. Si revisionismo es revisar y criticar lo que otros han afirmado, bienvenido sea. El oficio del historiador no consiste en otra cosa. Me parece, en cualquier caso, que algunos autores españoles ven a mucho franquista y neofranquismo por doquier, en una actitud que demuestra sobre todo la dificultad de pensar la realidad sin las viejas muletas del antifranquismo militante. El supuestamente franquismo enraizado de hoy solamente se encuentra en la cabeza de sus debeladores. Pensar el presente con las claves del pasado más o menos reciente resulta una cómoda manera de evitar comprender su complejidad propia y diferenciada. Y esta es, en definitiva, aunque pueda pesarles a personas que hacen gala con profusión de progresismo e izquierdismo, una actitud intelectual profundamente conservadora.

Jordi Canal

EHESS, París

NICHOLAS WAPSHOTT (Ed.): *Keynes vs Hayek. El choque que definió la economía moderna*; Ed. Deusto, Barcelona, 2013, 400 págs.

Con lo mucho que se ha escrito y debatido sobre las ideas de John Maynard Keynes y Friedrich Hayek, cabe hacerse una primera pregunta a propósito de este libro: ¿Qué puede aportar Nicholas Wapshott? Para empezar, hay que reconocerle haber elegido un buen momento para publicar un trabajo que intenta responder a las preguntas que mucha gente se hace sobre la naturaleza de la crisis económica reciente, empezando por la más simple de: «¿quién tenía razón, Keynes o Hayek?».

El libro no responde tajante y sagazmente a la pregunta sobre quién estaba equivocado; y el lector se da cuenta, pronto, que el autor es, básicamente, un keynesiano. Pero logra al menos dos cosas importantes que, a mi juicio, lo sitúan en un terreno en el que cobra cierto interés académico: las principales respuestas de ambos economistas a los interrogantes principales sobre el funcionamiento de la economía de libre mercado y el buen gobierno se analizan en una clave biográfica que está bastante bien lograda; y con el añadido nada desdeñable (y esta sería el segundo punto) de hacer ese análisis en un plano de continua comparación. No en vano, Keynes y Hayek vivieron y elaboraron una

parte importante de su pensamiento en una misma época, es decir, hubieron de analizar y proponer sobre un mismo contexto.

El autor, como queda dicho, es un keynesiano. No porque se reconozca como tal, sino porque pronto se advierte que la respuesta a la pregunta que abre el trabajo tiene una respuesta conocida de antemano: Keynes tenía razón. La tenía, según Wapshott, porque sus recetas han sido cruciales para «salvar» el capitalismo en las dos peores crisis de los últimos cien años. Además, mientras Hayek siempre resultó polémico y conflictivo, Keynes aportó soluciones para momentos en los que la gestión política se enfrentaba no al dilema de más o menos libertad de mercado, más o menos intervención del Estado, sino a la mucho más apocalíptica alternativa entre mantener el mercado en pie o permitir su destrucción como resultado de un colapso financiero o una crisis de empleo irreversible. Porque Wapshott es de los que sostienen que Keynes, lejos de ser el enemigo del mercado que retratan muchos conservadores, «ayudó a salvar el sistema libre en un momento en el que se estaban proponiendo cambios mucho más radicales» (p. 329). Es decir, que en momentos de tensión extrema, cuando los principales líderes políticos del mundo libre, han tenido que decidir entre intervenir o no, la opción de permitir que el mercado recupere el equilibrio por sí mismo, ni siquiera se ha puesto encima de la mesa. Ciertamente, bien podría decirse que Bush y Obama compartieron la adopción de medidas de urgencia que, salvo por ciertos detalles quizás menores, pueden considerarse fieles a la idea keynesiana de que el Estado no puede permanecer ajeno al mal funcionamiento de los mercados, sean los de la economía productiva o los financieros. Es decir, bien porque se gastara cada vez más en programas de urgencia para contrarrestar la caída de la demanda privada, o bien porque se mantuviera un elevado gasto público a costa del incremento de la deuda o de la subida de la presión fiscal, lo cierto es que pocos gobernantes, a comienzos del siglo XXI, se habrían planteado la alternativa entre Keynes o Hayek.

Sin duda, el argumento es sugerente y atractivo. Además, como bien muestra Wapshott en este libro, Hayek nunca se preocupó demasiado por ser popular, incluso no demostró poseer entre sus cualidades más importantes la de una cierta sensibilidad pragmática para comprender que no siempre la mejor solución es la adecuada cuando un gobernante que ha sido elegido por millones de votantes y cuyo mandato no suele exceder de cuatro años debe enfrentarse a dilemas tan bruscos como gastar o no el dinero público para impedir la bancarrota de un gran banco y la falta de garantía de los depositantes. En ese sentido, el autor tiene razón cuando, en diferentes momentos del libro, sugiere que el éxito de Keynes se ha debido, en buena medida, a que sus ideas proporcionaban a los políticos democráticos una justificación para hacer uso de la planificación en la gestión de mercados cada vez más complejos, y ante la circunstancia de permitir o no que se repitiera el contexto de los años treinta, en el que todos tendían a asociar el auge de los fascismos con la debilidad de la democracia, o

si se prefiere, con la inacción del Estado democrático ante el éxito de las recetas planificadoras de corte totalitario.

Ahora bien, los buenos conocedores de la obra de Hayek, sobre todo de «Los fundamentos de la libertad», tendrán motivos para enfadarse con este tipo de razonamientos. Wapshott no oculta los enormes méritos intelectuales del economista austriaco, pero se equivoca en algo fundamental: primero, que en un aspecto central Hayek sí tenía razón, y el tiempo, aunque no siempre las políticas occidentales, se la han dado: el mercado, ni siquiera con los recursos keynesianos de la macroeconomía, se puede planificar sin riesgo de socavar profunda y lentamente la libertad individual; es verdad que en determinados momentos la gestión democrática requiere sacrificar parte de la libertad en aras de la estabilidad y la paz, pero por eso Hayek no erraba al decir que de ese vicio democrático de aumentar la intervención a costa de la libertad se corre el riesgo de permitir la construcción de poderes estatales cada vez más insaciables, menos controlados y más difíciles de frenar en su recurrente manía de justificar en términos de «justicia social» lo que, en muchos casos, no son sino ingentes gastos a favor de privilegios corporativos, administradores corruptos o ineficaces y redes clientelares totalmente contrarias a los principios del Estado de derecho. Porque Hayek, además, y este es el segundo punto, también tenía razón en el asunto verdaderamente capital de que la economía de libre mercado genera riqueza y proporciona bienestar a cientos de miles de personas en la medida en que el Estado no regule caprichosa y parcialmente su funcionamiento, sino en tanto que se cumpla el imperio de la ley y el marco institucional sea el adecuado. Porque los Estados deben servir a los ciudadanos, pero a todos y no a una parte, aunque esa parte sea un enorme poder sindical o partidista que justifica la intervención en términos de igualdad social. Y en eso Hayek acertó plenamente: la premisa básica de un mercado eficiente reside, en buena medida, en la imposible planificación, dado que los comportamientos individuales no son reducibles a fórmulas matemáticas ni a ecuaciones ideológicas, por mucho que siempre, en la política democrática, exista esa tentación.

Entonces, si Hayek tenía razón en aspectos tan sustantivos, ¿por qué ha triunfado Keynes, a decir de Wapshott y tantos otros? El autor señala que Hayek, incluso cuando llegó a ser admirado, nunca cayó bien, y que sus ideas no se basaban en una visión esperanzada del futuro y un planteamiento optimista de la naturaleza humana como sí ocurría en el caso de Keynes. El austriaco tenía recetas que implicaban «consecuencias indeseables» para llegar a un mundo mejor, mientras que Keynes proporcionaba soluciones optimistas sin etapas intermedias dramáticas. En esto reside buena parte del problema, a mi juicio, aunque Wapshott no lleva el razonamiento hasta sus últimas consecuencias. Así, que muchos e importantes gobernantes de los últimos tiempos hayan adoptado medidas que se pueden considerar de corte keynesiano no significa que sean plenamente acertadas. Porque, como decía antes, pero ahora al contrario, no siempre la solución adecuada es la mejor solución. Las recetas keynesianas resultan

adecuadas porque, entre otros factores, permiten mantener en pie la inmensa red de grupos parasitarios e ineficientes que han ido aumentando su poder sobre los Estados democráticos; además, esas medidas resultan atractivas para los políticos elegidos democráticamente en tanto que les permiten eludir una parte de su responsabilidad como contribuyentes a un proceso lento, pero lleno de terribles riesgos, como es el endeudamiento masivo de los Estados occidentales desde 1945 hasta hoy. Está claro que los planteamientos hayekianos no han sido plato de buen gusto en el mundo del *Welfare State*, pero se equivoca Wapshott al no admitir que el éxito de Keynes se debe en buena medida al enorme riesgo que implica reconocer públicamente, en términos de política democrática, que a medio y largo plazo la mejor política a favor de la igualdad de oportunidades y la generación de riqueza no es permitir que el Estado acabe progresivamente con el mercado, casi siempre para proteger intereses particulares no confesados, sino que los ciudadanos, gracias al Estado de derecho y al control del poder, sean más y más exigentes en el cumplimiento de la igualdad jurídica y en el sometimiento de la administración dentro de los límites necesarios para no ahogar la libertad individual. Tal vez el mundo occidental posterior a la crisis de 2008 sea más keynesiano, pero también es un mundo terriblemente endeudado, lleno de riesgos sistémicos que aterran a los ciudadanos responsables, y con gobiernos que a duras penas reconocen su debilidad para afrontar la reforma de Estados gigantes y, en muchos aspectos, ineficientes, por no hablar de sistemas bancarios sobre cuyo funcionamiento los dirigentes públicos han hecho dejación de funciones. Cabe preguntarse, así, porque Wapshott y otros keynesianos se empeñan en no aceptar que, si bien Keynes ha sido más popular que Hayek, tal vez nos irá mejor en el futuro si empezamos a tomarnos en serio, aunque sea de forma prudente y pragmática, que la planificación e intervención pública al ritmo que ha alcanzado tras seis décadas de keynesianismo, no solo no asegura nuestra libertad sino que probablemente legará un mundo más pobre e inseguro a nuestros hijos. Y no se trata, como pueda estar pensando a estas alturas un lector académico cargado de prejuicios ideológicos, de decidir entre «Estado social» y «mercado salvaje», sino de volver a encauzar el Estado por un camino que no proteja el privilegio corporativo y la corrupción clientelar so pretexto de la protección de los más débiles. Estos, los más débiles, los que carecen de buenas oportunidades por razones de origen familiar, no serán más fuertes con un Estado enorme e ineficiente que garantice privilegios consolidados, camino de la bancarrota, sino con un Estado que proporcione oportunidades y esté debidamente controlado para hacer posible cierta redistribución a través de la Hacienda con la necesaria protección de la libertad individual. Y en ese sentido, tal vez Wapshott debería haberse planteado si las recetas intuitivas y de sentido común de muchos keynesianos pueden ser tan útiles a corto plazo como nefastas a largo.

Manuel Álvarez Tardío
Universidad Rey Juan Carlos